

“Arraigados en Dios”

Para leer la Biblia con provecho

Devocional
Lecturas bíblicas diarias

Traducciones del alemán
“Zeit mit Gott”

Tema: Jesucristo en el conflicto con sus enemigos –
Estudiamos el evangelio de Marcos (cap. 2:1-17)
(14 días)

Prohibida la reproducción total o parcial sin la autorización del editor.
©Diakonissenmutterhaus Aidlingen



**Jesucristo en el conflicto con sus enemigos –
Estudiamos el evangelio de Marcos (cap. 2:1-17)
(14 días)**

Día 1

Mr. 2:1-3:6

La siguiente parte de su evangelio (cap. 2:1-3:6) Marcos escribió sobre un tema especial: Jesús en conflicto con sus enemigos. Es cierto que el Señor, desde el comienzo de su obra pública estaba en la línea de fuego del enemigo (Mr. 1:13,23-27,34,39) y durante su completo ministerio en esta tierra, estaba desafiado a una lucha vital incomparable.

Pero el evangelista Marcos describió ya desde el segundo capítulo la real meta del envío del Hijo de Dios: Su muerte de cruz.

El comienzo fue una resistencia muda de sus adversarios (2:6,7) y terminó con la firme determinación de muerte (3:6). Entremedio leemos de controversias y disputas entre los representantes de la religión judía y Jesús. Estas disputas las podemos enmarcar en cuatro palabras claves: “pecado” (2:1-12), “pecadores” (2:13-17), “ayuno” (2:18-22) y “el sábado” (2:23-28; 3:1-6)

Marcos hizo saber a los lectores de su evangelio, que el punto culminante de la historia de Jesús y el punto crucial de la historia mundial fue la cruz del Calvario. “Solo al pie de la cruz nos vemos a nosotros mismos, al mundo y a Dios en la correcta luz” (H. Taylor). Aquí recibimos paz con Dios (Col. 2:14,15), -completo perdón por todos nuestros pecados (Lc.23:34) -libertad de la prisión del diablo y de la muerte (He. 2:14) - liberación de las cadenas duras de actitudes como mentira y adicción (1.P. 4:1-3; 2:24) -auténtico gozo de vida (Jn. 15:11) -sostén y consuelo en el sufrimiento (1.P. 4:12-14) -una feliz y segura patria (Lc. 23:43) -fiable instrucción y equipamiento para una vida que agrade a Dios (He. 10:14,16b).

¿Acaso nos admiramos, que el apóstol Pablo alaba y exalta esa cruz sobre todas las cosas? “Pero lejos esté de mí gloriarme, sino en la cruz de nuestro Señor Jesucristo, por quien el mundo me es crucificado a mí, y yo al mundo” (Gá. 6:14; comp. 1.Co. 1:23; 2:2).

Día 2

Mr. 2:1,2

Primer punto de disputa: perdón de pecados para un paralítico (2:1-12). Después de su primera actividad en Capernaum (Mr. 1:21ss) y un tiempo en la soledad (1:45) Jesús nuevamente estaba en casa, en “su ciudad” (comp. Mt. 9:1 con Mt. 4:13). Apenas había llegado, ya venían visitantes. Se juntó tanta gente que muy pronto no había más el lugar, ni delante de la puerta, parecía como en la situación descrita en Mr. 1:33.

Los hombres tenían nostalgia de Jesús. Ellos a toda costa querían estar cerca de Él, ya que tenían incontables preocupaciones, muchas necesidades y grandes problemas con diversas enfermedades. Con todo lo que les afligía querían ir a Él para consultarle. Habían muchas cosas que quedaron inconclusas desde la vez anterior (Mr. 1:33-39).

También ahora nuevamente el divino médico está actuando. Pero de otra manera, lo leemos en el versículo 34, dice exactamente “... y les predicaba la palabra”. Siempre es una consulta especial, cuando “la palabra” habla a nosotros (Jn. 1:1,14). Porque sin su palabra nuestra vida se evapora en el calor del diario vivir. Sin su palabra nos falta la orientación en “la jungla” de desánimo y temor. Sin su palabra se seca nuestro ánimo para seguir viviendo en la estepa de la confusión. Esto ya sabían los oradores del Antiguo Testamento: “Fueron halladas tus palabras, y yo las comí; y tu palabra me fue por gozo y por alegría de mi corazón”, declaraba el profeta Jeremías (cap. 15:16).

La consulta con el divino médico es una cuestión existencial. Esto podemos encontrarlo en forma especial en el Salmo 119.

Es conveniente marcar en la Biblia, todas las ayudas que recibimos por la palabra de Dios, cuando estamos en el “consultorio” con nuestro Señor.

Para Jesús mismo, la consulta con el Padre celestial -la oración y meditación de Su palabra- tenía la absoluta prioridad (Lea Lc. 2:49; Mt. 4:4; 14:23; Mr. 1:35; Lc. 5:16.)

Día 3

Mr. 2:3-5; Stg. 2:17

¿Qué es lo peor de esa escena descrita muy brevemente? ¿La terrible enfermedad del hombre? El parálítico está acostado boca arriba – imposibilitado para moverse, impotente, entregado a la merced de otros, todo el tiempo, dependiendo del cuidado desde la planta del pie hasta la cabeza. Como un muerto estaba acostado sobre su lecho. Este es la señal de su pobreza; pues los enfermos, cuando ya no podían sostenerse solos, tenían que vender cada cosa de su propiedad, hasta depender solo de limosnas. En una situación así fácilmente se atrofia la personalidad.

Según el texto bíblico, en ese hombre no había movimiento ni iniciativa. Recién en el versículo 12 él se mueve.

Lo peor hubiera sido, si este hombre no hubiese llegado a Jesús. Los demás ya estaban allí. Pero este parálítico no podía ir allá. Él necesita los ojos, las manos y los pies de otros, sino, no puede llegar a Jesús. ¡Qué bendición fueron estos cuatro hombres, que no solo lo entendieron, sino también lo ayudaron. ¡Y cómo lo hicieron!

Por la escalera externa de la casa subieron al techo, lo abrieron en el lugar donde Jesús estaba, y bajaron al enfermo.

Irrupciones de techos en situaciones extremas, se conocían en la antigüedad. Pero aquí se conocía de manera especial “la fe que obra por el amor” (Gá. 5:6). Esa fe reconoció Jesús. El Señor no dijo ni una palabra crítica por ese cambio enorme del edificio. Él no se quejó por el ruido ocasionado ni por el polvo que caía de arriba. Pero Él vio aquello que era importante: la fe practicada por el amor -valiente, ocurrente, unánime, abnegada, sacrificada.

Hoy debemos preguntarnos seriamente: ¿Ardeamos en el servicio de acceso hacia Jesús, o lo bloqueamos? ¿Cómo podemos mantenernos “fervientes en espíritu” (Ro. 12:11)? (Lea Lc. 24:32; 1.Ts. 5:19; Ef. 4:30.)

Día 4

Mr. 2:5; Sal. 3:8; 46:1

Los cuatro portadores conocían plenamente la debilidad del paralítico y contaron con el total poder del Señor Jesucristo. Ellos tuvieron el valor de conectar la debilidad humana con el divino poder. ¡Esto es fe! La fe que es como una petición intercesora, diciendo: “Señor, tú eres fuerte. Tú sabes lo que hay que hacer en este caso. Tú puedes ayudar”. Una fe así, aunque fuere sin muchas palabras y temblorosa, no se dirige al vacío, sino conmueve y toca el corazón y el brazo de Dios.

¿Acaso Dios necesita nuestra confianza, para poder actuar? Como el Todopoderoso y Omnisciente no lo necesita, pero como nuestro amigo anhela nuestra confianza: Éx. 33:11; Stg. 2:23; Gn. 18:17; Is. 41:8; Os. 2:21,22. Nada es tan importante para Dios que nuestra confianza. Esto se vio claramente aquí en Capernaum.

Jesús reaccionó a la fe de los cuatro hombres con una obra divina, no menos sorprendente que su revolucionaria “subida al techo”: “hijo, tus pecados serán perdonados aquí y ahora”, así es la traducción textual. De que Jesús llame “hijo” al enfermo, no se refiere a su edad, ni se debe pensar que fuere una fórmula pastoral.

Si Jesús llamaba ocasionalmente a sus discípulos “hijos” (Mr. 10:24) o en el capítulo 5:34 a una mujer adulta “hija”, con eso el Señor anulaba por el reconocimiento “una separación e involucraba a las personas a Su casa, a la familia de Dios. También el paralítico de repente se encontró protegido y en una comunidad” (A. Pohl).

En este momento, lo divino y grandioso consistió en que Jesús habló con autoridad espiritual respecto al punto delicado del hombre, -“tus pecados”, y lo quitó. Aquí no se trata de la felicidad privada de un “infeliz”, sino del obrar de Dios del “último tiempo” (He. 1:1-3).

Día 5

Mr. 2:5; Mi.7:8

Que Jesús hablase relacionando enfermedad con pecado, no era extraño para oídos judíos. Pues la enfermedad se interpretaba como castigo de Dios por pecados realizados. Se creía que el que estaba enfermo, estaba bajo la ira de Dios en forma especial.

Pero Jesús rechazaba claramente tales pensamientos (Jn. 9:3; Lc. 13:2,3). Solamente en un caso para nosotros conocido (nuestro texto) trató la cuestión de culpa antes y en otro caso después de la curación (Jn. 5:14). “Por eso en este aspecto se debe tener mucho cuidado y responsabilidad pastoral. ¡Qué brutal estigmatizar como malos a los débiles y los que sufren -típica ideología de los sanos! Es cierto que muchas veces el sufrimiento está conectado con culpa, pero, ¿será siempre la culpa del enfermo mismo? ¿Acaso la enfermedad es solo algo privado y no más bien un llamado a todos a pensar y meditar acerca de actitudes y circunstancias, que para muchas personas son enfermizas en su cuerpo o su alma? Con todo, no es cuestión de contar las partes de culpa en un caso particular” (A. Pohl).

Si Jesús en tiempos de enfermedad nos muestra conexiones con culpa, se trata de Su obrar pastoral con nosotros. Este servicio, que sobrepasando lo personal, se toma en serio en cada iglesia sana (Stg. 5:14-16), deberíamos aceptarlo agradecidos. En realidad es lo máximo que Jesús alcanza en la vida de una persona, cuando en el transcurso de nuestra vida nos pueda liberar de nuestro arraigado egoísmo con todos sus enredos pecaminosos, para que su manera de ser cada vez más se manifieste en nosotros. Puede ser que tengamos que derramar muchas lágrimas. Pero cierto día reconoceremos: “He aquí, amargura grande me sobrevino en la paz, mas a ti agradó librar mi vida del hoyo de corrupción; porque echaste tras tus espaldas todos mis pecados” (Is. 38:17; comp. 1.Co. 11:32; He. 12:11).

Día 6

Mr. 2:6,7

Recién ahora conocemos que también estaban presentes los escribas, hombres que se entregaron de por vida al estudio de la Tora. En una larga y penosa historia habían intentado ellos y el partido de los fariseos, formar la nación judía por una piedad que dependía únicamente de la sinagoga. Esta era el centro de la vida religiosa y civil. Todo estaba en manos de los escribas: educación, justicia, culto a Dios, teología, economía y vida privada. Su sistema de poder y control funcionaba perfectamente.

Ahí estaban sentados en imponente apariencia, escuchando, observando y callando. Pero dentro de sus cabezas estaban muy activos: “¿Por qué habla éste así? Blasfemias dice. ¿Quién puede perdonar pecados, sino sólo Dios?” Un blasfemo era alguien, quien de alguna manera, -aún sin maldiciones- tocaba la majestad y singularidad de Dios, como se lee en Dt. 6:4-9.

Pero Jesús, según su interpretación de la ley, no se sometió bajo la Tora, sino se puso al lado de Dios. Además para ellos era una tremenda arrogancia hablar de un total perdón de pecados “aquí y ahora”. La religión judía lo trasladaba al futuro, cuando Dios haga juicio.

Nos damos cuenta de que aquí se inicia una resistencia contra Jesús, resultando de la ley y su interpretación, pero que a la luz del plan de salvación de Dios muestra una peligrosa mezcla de Biblia, tradición y celo humano. Es una resistencia que echa mano al centro de la fe: ¿Quién es este Jesús? ¿Acaso es Dios? ¿Qué puede hacer ese Jesús? ¿Acaso prometer ya ahora el completo perdón de pecados?

Conviene meditar: ¿qué concepto tenemos de Jesús? ¿Quién es Él para nosotros, para mí personalmente? “Para mí el vivir es Cristo” (Fil. 1:21; Jn. 10:25,26; 2.Ti. 2:10), mi justicia, mi gozo, mi consuelo, mi esperanza, mi sabiduría. ¡Jesús, mi Salvador, Hermano y Amigo, mi Sumo Sacerdote, mi Rey, mi Dios y mi Señor!

Día 7

Mr. 2:8; Sal. 139:1-4; Is. 11:2

Por medio del Espíritu Santo Jesús conoció lo que ellos “cavilaban en sus corazones”. - En el poder del Espíritu de Dios descubre las intenciones del hombre, hasta el fondo lodoso. El Señor reconoce los pensamientos hostiles y los saca a la luz. “¿Por qué caviláis así en vuestros corazones?”

Jesús sacudió la fortaleza de sus pensamientos, detrás de la cual asechaba no solo la enemistad contra Él mismo, sino también contra el paralítico, al que dijo la grandiosa palabra liberadora. Con la enemistad contra Jesús muchas veces se une una peligrosa forma de enemistad contra los hombres. “Peca el que menosprecia a su prójimo; mas el que tiene misericordia de los pobres es bienaventurado” (Pr. 14:21: comp. Ro. 14:10; 1.Jn. 4:20.21)

¿Cómo reaccionó a tal hostilidad, la que en ese momento sacó a la luz? Él preguntó: ¿Qué es más fácil – perdón de pecados o curación?

Como los escribas pensaban, que Jesús con el consuelo del perdón habría dicho solamente grandes palabras, pero que en realidad habría blasfemado a Dios, tampoco creían que tal engañador podría efectuar una curación.

A estos pensamientos crípticos Jesús respondió: “Pues para que sepáis que el Hijo del Hombre tiene potestad en la tierra para perdonar pecados -dijo al paralítico: a ti te digo: ¡levántate, toma tu lecho, y vete a tu casa!”

A su palabra de autoridad de perdón, Jesús hizo seguir su palabra de curación, no para mostrárselo a sus adversarios, sino que quiere -con toda franqueza y amor- ganarlos. Él los ama a todos. Dios “quiere que todos los hombres sean salvos y vengan al conocimiento de la verdad. Porque hay un solo Dios, y un solo mediador entre Dios y los hombres, Jesucristo hombre, el cual se dio a sí mismo en rescate por todos, ...” (1.Ti. 2:4-6a; comp. Ez. 18:23; 2.P. 3:9).

Día 8

Mr. 2:10-12; Ro. 4:6-8

Para cada uno Jesús tiene la palabra exacta. Los escribas tenían que aceptar y reconocer cuán equivocados estaban en sus pensamientos acerca de Jesús. Como supuesto blasfemo ya lo habían catalogado bajo sentencia de muerte, predicho por la ley (Lv. 24:16)

¿Qué hace Jesús? Él no se defendió a sí mismo ni se exalta a sí mismo, sino revela quien es: el Hijo del Hombre, que “vino para dar su vida en rescate por muchos” (Mr. 10:45). El Señor sabía cuánta incertidumbre de salvación existía realmente en el corazón y la vida de aquellos, que con toda conciencia querían agradar a Dios, pero a la vez querían lograr la aprobación de Dios por sus esfuerzos, poniendo así en juego su salvación. (Lea Lc. 18:9-14; Mt. 21:31.)

El paralítico escuchaba el hermoso mensaje del Señor: “tus pecados te son perdonados”. Este consuelo era justo lo que necesitaba. El que recibe esta afirmación de la máxima autoridad, puede regocijarse una y otra vez. “Bienaventurado aquel cuya transgresión ha sido perdonada, y cubierto su pecado” (Sal. 32:1,2).

Si Jesús además de la palabra del perdón, dijo también la palabra de curación, esta afirmación también salió de su divina sabiduría. Aún sin curación su perdón tenía vigencia. Sin embargo la curación aquí era una señal que acentuó el perdón de pecados, pero aún más era una comprobación de que con el obrar del Señor había comenzado “el año de la buena voluntad de Jehová”. Jesús, el Ungido con el Espíritu Santo, vino “a ordenar que a los afligidos de Sion se les dé gloria en lugar de ceniza, óleo de gozo en lugar de luto, manto de alegría en lugar del espíritu angustiado; y serán llamados árboles de justicia, plantío de Jehová, para gloria suya” (Is. 61:1-3).

Día 9

Mr. 2:11,12

Jesús era la autoridad. “Levántate, toma tu lecho, y vete a tu casa”. En el acto el hombre se levantó. ¿Por qué? Porque Jesús lo dijo. La palabra de Jesús tiene poder de resurrección. Ella quitó el pecado y la muerte y trajo vida en el cuerpo cansado, flojo y agotado.

El paralítico se levantó de su camilla. Llama la atención que se la mencionó muchas veces (v.4,9,11,12). Hasta el momento él estaba amarrado a ella, como un emblema de su sufrimiento. Pero ahora ella fue levantada, como se levanta una esclavitud. El curado la llevó como emblema de su liberación a su casa.

Los hombres “se asombraron” (comp. 1:27; 5:42; 6:51). “¿Acaso pasó algo espantoso? Sí, pero algo espantosamente bueno: el perdón apocalíptico de pecados y la íntegra curación del hombre. Junto a Jesús hay bienes inesperados, que a uno le hacen temblar como hojas de árboles. ¿¿Cómo es posible que Dios sea tan amable conmigo y me pueda amar tan profundamente?!” (A. Pohl).

“Y glorificaron a Dios, diciendo: nunca hemos visto tal cosa”. Esto dijeron, después que el hombre curado había tomado su camilla y se había ido. Bajo “la alabanza de Israel” él se fue a su casa. Aquí pudo comenzar la adoración a Dios, porque Él mismo estaba entre los suyos: “Pero tú eres santo, tú que habitas entre las alabanzas de Israel” (Sal. 22:3).

¡Qué obsequio!: el santo Dios, es el Dios bondadoso, clemente y misericordioso, que ahora en Jesús estaba presente, para buscar y salvar lo que se había perdido. La gracia y bondad de Dios, que uno había experimentado, llenó a todos de esperanza.

El mensajero de gozo de Mr. 1:14,15 estaba y está ahí con todas las características de salvación y quiere llegar a todos los hombres.

Día 10

Mr. 2:13,14

Segundo punto de disputa: Jesús, el amigo de pecadores y publicanos (2:13-17). Nuevamente el Señor está junto al mar de Galilea (comp. Mr. 1:16). El lugar del encuentro para la enseñanza de Jesús no es la sinagoga (como en 1:21) sino en la ribera. La razón de eso podrían ser los acosos de los judíos “superiores”.

En algún momento en el camino aconteció la historia con Leví. Pasando por ahí, Jesús le vio sentado en el banco de los tributos públicos, controlando y cobrando.

Fuentes históricas contemporáneas documentan que: el ambiente en los bancos de tributos demostraba desconfianza, fuertes disputas, mentiras y odio. A los publicanos se los catalogaba fundamentalmente, en principio, como usureros, ladrones, extorsionista y engañadores. Ellos no podían presentarse como testigos en juicios, ni tener cargos honoríficos. Sus familias se despreciaba igual que ellos mismos.

A este “tipo miserable” vio Jesús. El Señor vio, cómo estaba sentado allí, arraigado profundamente en su oficio, típico publicano, que sabía de cada cual que pasaba, que le deseaba mandar al infierno. Pero a los ojos de Jesús, Leví tenía valor, porque era una criatura amada de Dios, anotado en la lista de deseos de Dios. A este Leví Jesús lo quería sacar del banco de los tributos, porque deseaba el cielo para él.

¡Qué mirada amable de Jesús, que mirada pastoral encontramos de Jesús! A Su mirada siguió Su llamado de autoridad: “¡Sígueme!”

Hoy me pregunto: ¿cómo veo yo los publicanos y pecadores de nuestra moderna nación industrial? ¿Vive en mi corazón el amor de Jesús? ¿Cómo se podría mostrar concretamente ese amor de Dios? (Lea Lc. 10:25-37; 7:36-50; 15:2-7.)

Día 11

Mr. 2:14,15

Cuando Jesús llama a un hombre al discipulado, este está tocado en su voluntad, y en su capacidad de tomar decisiones. Leví, -aun siendo un hombre duro, e inconsciente en muchas cosas- sentía el incondicional y cordial amor de Jesús, escuchó el llamado y obedeció con toda su voluntad. Leví tomó la más importante decisión de su vida. Él ya no quiso seguir como antes (comp. Mr. 10:17ss); no, Leví quería vivir con Jesús. Esto era motivo para gozarse y festejar. Jesús y sus discípulos también fueron invitados a la casa de Leví. La fraternal comida demuestra la nueva comunidad. (Lea Sal. 34:8; Ap. 3:20.)

Teniendo en cuenta, que por lo menos cuatro discípulos eran pescadores y también ellos, después del duro trabajo nocturno, tenían que pagar el tributo público de su pesca, probablemente no tenían en su interior sentimientos amables respecto a los publicanos sin piedad. Pero la gracia del Señor Jesucristo crea de las personas sin piedad y de aquellos discípulos que sufrieron por los publicanos, una comunidad, en la cual se reconocen con gozo y gratitud: ¡Jesús acepta a los pecadores! Esa era la melodía de fondo para la convivencia de aquellos que seguían a Jesús: porque Jesús nos ha aceptado, nosotros podemos aprender a aceptarnos mutuamente.

Esto no siempre es fácil. Pero la nueva comunión, la que Jesús nos posibilita, es el mayor y el más precioso bien, que tenemos los creyentes. Pues somos “injertados” miembros de la familia de Dios. El Dios santo es nuestro Padre, y Jesús, el Hijo del Padre, fue hecho nuestro hermano. En esa familia se trata de manera diferente al prójimo, que en el engañoso banco de los tributos del mundo. “Mirad cuál amor nos ha dado el Padre, para que seamos llamados hijos de Dios” – y lo somos. (1.Jn. 3:1; comp. Jn. 1:12; Gá. 4:6; Ro. 8:16,17; Ap. 21:7).

Día 12

Mr. 2:15,16; Lc. 5:29; Is. 1:18; 44:22

Lo que sucedió con Leví fue fundamental para el reino de Dios, igual que el acontecimiento narrado en Mr. 2:1ss. Ahí se trató del Hijo de Dios y el pecador particular, pero aquí acerca de los muchos y el futuro de la iglesia. Del gran banquete en la casa de Leví podemos suponer que tenía un especial aspecto misionero. Leví era un hombre cambiado. Eso no podía ni quería callar. Muchos del círculo conocido y de la “escena pecadora” habían llegado a su casa. “Muchos publicanos y pecadores estaban también a la mesa juntamente con Jesús y sus discípulos; porque había muchos que le habían seguido”.

Aquello que más tarde testificaron los apóstoles, en su principio ya lo encontramos aquí. “Porque no podemos dejar de decir lo que hemos visto y oído” (Hch. 4:20).

“Jesús recibe a los pecadores. Digan esa palabra de consuelo a todos, a aquellos que salieron del camino correcto, cayendo en uno equivocado. Aquí está lo que les puede salvar: Jesús recibe a los pecadores.

Vengan, todos, vengan aquí, vengan vosotros que tienen el alma agobiada. Jesús os llama y él transforma pecadores en hijos de Dios. Creed y pensad en esto: Jesús recibe a los pecadores.

Yo estoy agobiado y cargado y confieso mis pecados; Salvador mío, haz que encuentre en ti gracia y perdón, para que esta palabra me pueda consolar: Jesús recibe a los pecadores.

Yo estoy alentado y animado: si mis pecados fueren rojos como la sangre, serán emblanquecidos como la nieve, por la merced de tu sangre. Puedo decir con fe: Jesús recibe a los pecadores.

Jesús recibe a los pecadores; también a mí me ha recibido y me abrió el cielo, para que pueda llegar feliz junto a él y morir consolado, pues Jesús recibe a los pecadores”. (E. Neumeister (1718).

Muy personalmente puedo orar al Señor con las palabras del Sal. 51:1.12.

Día 13

Mr. 2:16,17; Mt. 11:19

Ellos estaban en todas partes y siempre allí – los críticos y acusadores. ¿Acaso no sabían que en la Palabra de Dios estaba escrito: “vuélvase... al Dios nuestro, el cual será amplio en perdonar” (Is. 55:7b)? Sí, lo sabían. Hay perdón, sí, pero recién después de la larga caminata del duro cumplimiento de las leyes. Entonces, y solo entonces, Dios se vuelve al pecador. Hasta este momento, uno se debía distanciar del pecador - por el bien del pecador. Así él comprendería que Dios no se deja burlar.

Además los escribas hace tiempo se habían dado cuenta, que este Jesús rechazaba completamente su dogma: “perdón por rendimiento”. Ellos habían visto que Él muchas veces se ocupaba intensamente de los pecadores, más aún, aparentemente esto era su programa de vida y parte de su enseñanza, y que Jesús seguía firme y resuelto una línea.

“Quizás por eso los escribas se dirigían a los discípulos, pensando poder influir sobre ellos y de esta manera intentar separarlos de su Maestro. Ahora ellos se veían obligados dictar la sentencia y confesar su opinión”, escribió un expositor.

¡Qué bueno que Jesús se dio cuenta de este “alevoso ataque”, y aclaró el pensamiento fundamental de su misión mesiánica. Conscientemente elige la palabra del médico, que exclusivamente se ocupa de los enfermos y sufrientes. La profesión médica es similar a la del pastor un antiguo oficio simbólico del Salvador mesiánico. (Comp. Ez. 34:16; Éx. 15:26; Jer. 8:22.) El divino médico estaba ahora allí y actuaba: Jesús, el Mesías de Dios.

Es muy conveniente poner cuidadosamente sobre el corazón y la vida la muy conocida y fundamental palabra apostólica de Romanos 3:21-24, pensar y meditar palabra por palabra, mirando a Aquel que nos ama tanto.

Día 14

Mr. 2:17; Mt. 9:11-13

La palabra figurativa de médico y enfermos aclara: a) Jesús es el verdadero médico, quien busca al hombre enfermo por el pecado y le ofrece su salvación (vea día anterior). b) Apoyándonos en lo que dice Mt. 9:13 debemos pensar, que Jesús contestó a sus críticos con una contracrítica: “Vosotros, que sois tan bendecidos por el largo y detenido estudio de la Tora, ya deberíais ser médicos”. Pero ellos no lo eran. Como los pastores de Israel también ellos habían fallado como portadores de responsabilidad espiritual y pastoral. (Lea Ez. 34:1-10.) Sin misericordia ellos pusieron “cargas pesadas y difíciles de llevar sobre los hombros de los hombres” (Mt. 23:4).

Sin embargo, Jesús no descarta a los escribas: “Id, pues, y aprended lo que significa: Misericordia quiero, y no sacrificio”. “Id y aprended” – esto es tarea y oportunidad. Los “estudiosos y conocedores” de muchos años deben aprender de manera completamente nueva en la escuela de Dios, cuya manera de ser es pura gracia y misericordia.

¿Habrá podido crecer su bondad con el aumento de los años, también de los años de creyente, en y con nosotros? Justamente los más ancianos entre nosotros deberían ser una reproducción de la bondad y amabilidad de Dios. “Pero la sabiduría que es de lo alto es primeramente pura, después pacífica, amable, benigna, llena de misericordia y de buenos frutos, sin incertidumbre ni hipocresía” (Stg. 3:17).

c) Del amor del médico hacia los enfermos de pecado, de ninguna manera sigue una falta de amor hacia los justos. Su llamado a los que estaban parados lejos, incluyó uno indirecto, pero muy urgente hacia los “cercaños”, de modo que todos eran llamados (comp. Mt. 21:32; Is. 57:18,19). El marcado acercamiento a los enfermos debería servir a los otros como estímulo al amor práctico.

En este sentido también Pablo esperaba que las conversiones de los gentiles “estimularan” al viejo Israel y despertara “celo” en ellos (Ro. 10:19; 11:11,14).